

Con un ejército que como el de Napoleón contaba seres tan disciplinados, nada extraño nos parecerá que hubiese dominado tantos países.

He narrado en breves y desaliñados conceptos la inmensa influencia que la disciplina ejerce en la vida del hombre, y ahora réstame tan sólo extender mi mirada y ver con felicidad que en la época en que vivimos ya se le da la debida importancia, tanto en el hogar, como en el ejército y en la escuela.

Por eso nosotras, las futuras educadoras, las que impartiremos saber á pequeños seres, hombres más tarde, no olvidaremos que sólo la disciplina deberá dar grandes hombres, honrados ciudadanos, que harán la felicidad y el progreso de este lugar, rodeado de hermosas montañas y poéticos lagos, de este lugar, en fin, Patria nuestra, y que se llama México.

México, 18 de Julio de 1903.

CONCEPCIÓN VELAZQUEZ.

Á LA MEMORIA DE JUÁREZ.

Entre los que tenemos la dicha de haber nacido bajo los ardientes rayos del sol de México, bajo su purísimo cielo, existe un sentimiento, un dulce afecto acrisolado en nuestros corazones: la gratitud hacia aquel hombre de voluntad inflexible que, salvando nuestra independencia, nos convirtió en un pueblo libre y soberano.

¡Juárez! al pronunciar este nombre le unimos las palabras ¡Independencia! ¡Reforma! ¡Progreso!

Mas mi canto no es sólo la alabanza al gran patriota, al ilustre propagador de las ideas modernas, es el humilde canto del hijo agradecido, es el homenaje de amor filial que en nombre de las alumnas de esta Escuela le tributo, para cumplir no sólo con un deber patrio, sino con una deuda de gratitud, porque es nuestro padre, el fundador de este plantel.

Tiemblo, porque reconozco mi impotencia para cantar las glorias de ese hombre; mas abrigo la esperanza de que perdonaréis mis faltas por la grandiosidad de los hechos que relato, y que os causará placer recordar el nombre de Juárez, rodeado de una aureola de gloria é inmortalidad.

Corre el año de 1846. Después de haber ejercido algunos cargos públicos, toma parte Juárez en un triunvirato, en cuyas manos se había puesto el Poder Ejecutivo del Estado de Oaxaca. Juicio recto, aplomo en sus decisiones, firmeza de principios y honradez á toda prueba, fueron las cualidades que la sociedad reconoció en el ilustre genio, y poco tiempo después fué electo Diputado al Congreso General Constituyente, reunido en México, tomando activa participación en la política en las filas liberales, porque lo era de corazón. Volvió á su tierra primitiva en 1847, y restablecido allí el orden legal, fué nombrado Gobernador Constitucional, tomando posesión del Gobierno en Noviembre. Los cinco años de su administración hicieron del Sr. Juárez un hombre notable y conocido en toda la República. Oaxaca había seguido la misma suerte que el resto de la nación. No había ni fuerza armada, ni hacienda, y en medio de aquel caos, aumentaba la confusión y el desaliento, la pérdida sufrida por el General Arista en la batalla de Palo Alto. El, con una alma templada para los infortunios, comienza, sin pérdida de tiempo en las fatigas de su Gobierno, por levantar fuerzas y construir pertrechos de guerra, y cuando así lo ha logrado, pone á disposición del Gobierno de la República hasta el último hombre y el último cartucho para sostener la cruel y desigual lucha con los americanos.

Al firmarse la paz con tan funestos resultados para nosotros, cuando aquellos niños héroes habían caído uno á uno, muriendo por su patria, cuando el pabellón de las estrellas ondeaba en Chapultepec, Juárez se dedica á la organización interior del Estado que le había confiado sus destinos.

El mejor elogio que se le puede hacer como gober-

nante, consiste en hechos irrecusables cuya memoria está fija en todo el Estado. Separado del mando en Agosto de 1852, se retiró á la vida privada, ejerciendo la abogacía, viviendo sencillamente de su profesión. Al triunfar la revolución de Jalisco en 1853, Juárez, que se encontraba en Etla, fué cruelmente perseguido y encarcelado en un calabozo de San Juan de Ulúa, embarcándose después, sin permitirle que se agenciase ninguna clase de recursos. Hasta 1855 permaneció expatriado en Nueva Orleans, sufriendo privaciones inauditas, y entonces resolvió volver á su patria.

Desembarcó en Acapulco, puerto pronunciado desde el año anterior, por el plan de Ayutla, y allí unióse al General Alvarez, jefe de las fuerzas rebeladas contra Santa-Anna. En Octubre del mismo año, en que triunfó esta revolución, fué nombrado Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos.

Fiel á los principios por él sostenidos desde su advenimiento á la vida pública, distinguióse Juárez por su espíritu reformador, iniciando la ley de desafueros. Separado del Ministerio en 1856, volvi6 á Oaxaca como Gobernador. En esta segunda administración, más benéfica aún que la primera, Juárez mejoró todos los ramos y conservó la paz con valor y energía, con tino y con prudencia. Fué reelecto en 1857, pero lo llamó Comonfort á desempeñar la cartera de Gobernación y luego el pueblo lo eligió Vicepresidente de la República. En este puesto se encontraba, cuando las veleidades del Presidente causaron su caída, no sin que antes pagara á Juárez sus servicios, reduciéndolo á prisión. Tal era el hombre de limpios antecedentes, de honradez intachable, de principios no desmentidos, de carácter firme y severo, que iba á empuñar la bandera de la Cons-

titución y la Reforma, haciendo frente á la reacción anti-liberal, robustecida con los elementos que la defección le había entregado, y resuelta á luchar sin tregua para aniquilar á su terrible y aborrecido antagonista. La situación no podía presentarse más temible, más erizada de peligros; pero el hombre que se iba á poner á la cabeza del movimiento reformista, se hallaba á la altura de su misión, poseyendo profundísima fe en la causa con que se había identificado, para no dar cabida al desaliento en una alma que jamás conoció la vacilación ni el miedo.

Al salir de la prisión se dirigió á Guanajuato y allí formó su Gabinete y fué reconocido como Presidente de la República, por los Estados.

Nunca se había visto en México que una administración derrocada, pudiese sostenerse contra una revolución triunfante, y signo indefectible de triunfo era la ocupación de la Capital y el establecimiento en ella de un Gobierno que se consideraba como legítimo. Así, los conservadores creyeron acabar con aquella sombra de autoridad que se alzaba en Guanajuato, apoyada en una liga en que entraban elementos heterogéneos que hacían presentir una catástrofe no muy lejana. El Gobierno conservador comprendió, sin embargo, que tenía que apresurar sus operaciones extendiendo su esfera de dominación por medio de las armas, y organizó un cuerpo de ejército que marchase al interior, y que hizo retirar á Juárez á Guadalajara, donde estuvo á punto de morir, á no haber sido por la intervención de Don Guillermo Prieto, que con su elocuente palabra dominó á los soldados que iban á fusilarlo.

¡El destino conservaba la vida de Juárez, para que hiciese brillar el sol de la Reforma en nuestra patria!

Afrontando peligros sin cuento desembarcó en Veracruz en 1858. Este puerto convirtiéndose entonces en el baluarte de la causa liberal, que tenía tan digno campeón. Allí expidió las Leyes de Reforma, esas leyes que nos han dado la prosperidad, que decidieron la victoria de los liberales. La lucha entre las ideas antiguas y las modernas se extendió de un extremo á otro de la República. La historia ha recogido ensangrentadas páginas de los hechos en que militaron cada uno de los partidos en que la nación se dividió.

La más importante es la que declara la desamortización de los bienes del clero. Esos bienes que se encontraban en su poder desde tiempos inmemoriales, desde la conquista en que aquellos dignísimos Ministros de Jesucristo se interponían entre el indefenso indio y el cruel español, entre el verdugo y su víctima. Murieron esos primeros frailes y vinieron otros, sedientos de oro y de riquezas, que explotaban infamemente á los indios, que les quitaban sus bienes, que dejaban á los padres en la miseria, á los hijos en la orfandad! Pasaron siglos, y pasaron también esos bienes de las manos de una corporación á las de otra, y al sobrevenir las luchas intestinas, sólo servían para avivar los resentimientos, para hacerlos interminables, y para adquirir más propiedades, y en tanto los campos no se cultivaban, las mieses caían sin ser segadas!

Juárez, al expedir esa ley, nos dió el progreso, el adelanto. Los bienes de manos muertas, pasaron al pueblo, de donde habían salido, y cesaron las luchas, se cultivaron los campos, se segaron las mieses!

Con firmeza inquebrantable, sostuvo la Constitución hasta que el triunfo completo de ésta le abrió las puertas de la capital el 11 de Enero de 1861. Si hasta enton-

ces había necesitado Juárez reunir en su calidad de caudillo de una causa que cambiaba el modo de ser de la República, dotes que sólo poseen los seres superiores, al encontrarse al frente de los destinos de México, había menester de tan varonil entereza, de tan supremo esfuerzo para conducir la nave del Estado, que apenas era dado concebir que el éxito coronase sus esfuerzos. A pesar de la oposición que había á su candidatura á la presidencia, Juárez fué electo en 1861.

Apenas había cesado una tremenda guerra entre los que querían llevar el país hacia lo pasado, y los que ansiaban llevarlo hacia lo porvenir; la sangre de los mártires estaba aún fresca, las lágrimas nublaban todavía los ojos de las madres, de los huérfanos; los campos abandonados por tanto tiempo comenzaban á ostentar su verdor, los obreros apenas dejando á un lado el fusil, volvían á empuñar sus instrumentos de trabajo, cuando se supo que á las playas de Veracruz había llegado un ejército de España, Inglaterra y Francia que venía á intervenir con las armas en los asuntos del país. Los franceses al fin se quedaron solos, después de haber faltado al compromiso contraído por los preliminares de la Soledad. La confianza del pueblo en su Presidente se manifestó de la manera más elocuente. Todos los Estados levantaron fuerzas para auxiliar á la defensa nacional, que era combatida por los ricos y el clero. Contra tantos elementos adversos, sólo contaban los buenos mexicanos con su acendrado patriotismo y con la energía y constancia de Juárez.

La victoria del 5 de Mayo fué una nueva prueba que México presentó á la faz del mundo, de lo que vale el patriotismo de un pueblo, cuando el jefe que lo gobierna cuenta con sus simpatías.

La ocupación de la capital por el ejército francés, la proclamación de la monarquía, y la instalación del Gobierno Constitucional en San Luis, crearon una situación análoga á la que había guardado la República durante la guerra de tres años. Ahora, como entonces, se levantaban frente á frente dos Gobiernos antagonistas que, disputándose el dominio del país, se harían cruda guerra, mientras no llegara el uno á destruir al otro.

Mas entre una y otra situación existían diferencias: Entonces era guerra en que la República no tenía que temer mengua ó menoscabo de su ser como entidad soberana; en 1863 la cuestión había cambiado: no se trataba de principios políticos; tratábase de defender la independencia, la nacionalidad, contra un invasor extranjero que sin más títulos que la fuerza, se había introducido en el país, imponiendo su voluntad de la manera más brutal y violenta.

El vivísimo sentimiento del alto papel que representaba, jamás abandonó á Don Benito Juárez, que inspirándose en la fe robusta de la causa que defendía, nunca mostró debilidad ó vacilación en la marcha que debía seguir.

¡Cuánto se engañaban los franceses, creyendo enseñorearse de la nación al solo rumor de sus armas!

La animación y la vida, la conciencia del derecho y de la fuerza, el amor á la independencia y á la democracia, el noble orgullo sublevado contra el inicuo invasor de nuestro suelo, eran los sentimientos diseminados en el pueblo mexicano!

¡Ni las derrotas, ni la peregrinación á través de un desierto, sin pan que llevarse á la boca, sin abrigo donde pasar la noche, hicieron decaer el ánimo de Juárez.

El obraba con la calma del que tiene completa seguridad en el triunfo, sin vacilar, porque era una alma grande á quien no acobardaban los sufrimientos!

Aquel hombre era digno sucesor de Cuauhtemoc: su misma inflexibilidad, su misma constancia, y así supo infundir el valor inquebrantable en los soldados mexicanos.

La capital fué al fin tomada por Don Porfirio Díaz el 21 de Junio de 1867, y Juárez, restablecida la paz, se dedicó á la difícil tarea de la reorganización administrativa, y fué tal su habilidad, que no pasó mucho tiempo sin que en el país apenas se notasen las huellas de la larga perturbación que había sufrido.

Aquel soñado imperio se deshizo como las pompas de jabón; entre las manos de Juárez se hicieron añicos el cetro y la corona; la cabeza de un príncipe rodó por la falda del cerro de las Campanas, y la República, radiosa y llena de vida, surgió entonces aún mucho más potente y más hermosa!

Este hombre inquebrantable, grandioso, sereno, sólo pudo ser vencido por la muerte, y hasta en esos momentos en que el alma se desnuda de todo falso ropaje para quedar sólo cubierta con el suyo propio, nos dió una prueba de su gran fortaleza de espíritu.

Fué una terrible enfermedad la que arrebató la vida á tan ilustre ciudadano. Desplegó ella extraordinaria energía cuando tuvo que habérselas con un héroe, como si fuese un ser racional que comprendiera que para luchar con éxito con aquella alma grande, era preciso ser también grande en la crueldad. La opresión del corazón con que comenzó, se transformó en dolores agudísimos y repentinos. Aquel hombre debía estar sufriendo la angustia mortal del que busca aire para respirar y no lo

encuentra, del que siente que huye el suelo en que se apoya y teme caer, del que en fin, está probando á la vez lo que es morir y seguir viviendo. La enfermedad se desarrolló por ataques sucesivos: los sufrió en pie. Vigorosa es su naturaleza, indómita su fuerza de voluntad, y aun desplegada toda ésta, no le es dable sobreponerse por completo á las leyes físicas de la vida, y al fin tiene que reclinarse horizontalmente en su lecho, para no desplomarse y para buscar instintivamente en esta posición el modo de hacer llegar á su cerebro la sangre que tanta falta le hace. Cada paroxismo dura más ó menos minutos, desvaneciéndose poco á poco. Vuelve el color á su semblante y entra en una calma completa. Conversa con los que le rodean, de asuntos indiferentes, con toda naturalidad y sin hacer alusión á sus sufrimientos, y tal parece que ya está salvado, cuando vuelve un nuevo ataque, y un nuevo alivio, y en estas alternativas transcurren 4 ó 5 larguísimas horas, en que tan pronto se cree cantar victoria como llorar su muerte.

Serían las 11 de la mañana de aquel luctuoso día 18 de Julio, cuando un nuevo calambre dolorosísimo del corazón le obligó á arrojarse violentamente en su lecho. No se movía ya su pulso, el corazón latía débilmente; su semblante se demudó cubriéndose con las sombras precursoras de la muerte, y en lance tan supremo, se tuvo que acudir á un remedio cruel, pero eficaz: El agua hirviendo sobre la región del corazón. Después de esto, el alivio fué tan grande y prolongado, que se pasaron cerca de dos horas sin que volviera el dolor; la familia se retiró al comedor, y él relataba á su médico los episodios de su niñez. Repentinamente, cuando más pendiente estaba de sus labios, clavó su mirada en el doctor y le preguntó:

—¿Es mortal mi enfermedad?

Le dió lo mejor que pudo la fatal respuesta, y no obstante esto, no se inmutó, y continuó su interrumpida relación, sin vacilar, como si la sentencia de muerte que se acababa de dar, fuese para otra persona. Aquella calma de tres horas pronto desapareció y un nuevo ataque más formidable y más repentino vino á turbar la reciente tranquilidad de su familia, é inútiles fueron cuantos medios se emplearon antes de recurrir al agua hirviendo; fué al fin preciso venir á él, porque se escapaba la vida de aquel hombre.

Cuando se le anunció lo que se le iba á hacer, con la más perfecta indiferencia, y con la calma más imponente, se tendió en el lecho, se descubrió el pecho sin precipitación, y esperó, sin moverse, aquel bárbaro remedio. Se le aplicó sin pérdida de tiempo, y mientras se extendían y se crispaban las fibras de los músculos sobre los que se hacía la aplicación, su semblante permanecía impassible, sin la más ligera expresión de dolor ó de sufrimiento.

Entretanto, desde en la mañana había volado por la ciudad la noticia de la enfermedad del Presidente, y ocurrieron á verlo sus Ministros y numerosos amigos políticos y personales. Se ocultó cuidadosamente al público la gravedad de la situación, y todos se quedaron creyendo que se trataba simplemente de un reumatismo, y para que no se desvaneciera esta creencia, á nadie se le permitió la entrada á la cámara. En esta inteligencia, uno de sus Ministros quería hablarle acerca de algún asunto de su ramo, y el señor Juárez le mandó suplicar cortésmente que lo dispensara por aquel día. En la tarde, el mismo señor insistió en verlo, manifestando que era negocio urgente, precisamente en los

momentos en que el dolor del corazón era muy intenso, en que la respiración era jadeante, y había desaparecido completamente el pulso. Aquel hombre que llevaba doce largas horas de sufrimientos y que por esto, su energía debería estar agotada, se levantó con calma, sin manifestación de contrariedad, arregló su corbata, cubrióse con una capa, ordenó que entrara el Ministro, escuchó con atención el delicadísimo asunto que llevaba, discutiendo los principales puntos, dándole, por último, su acertada resolución. No había en su semblante en esos momentos nada que revelara el espantoso dolor que le carcomía el corazón, nada que diera á conocer que esa entraña era ya impotente para hacer llegar la sangre hasta la cabeza, y si no hubiera sido por el frío sudor que inundaba su frente, y por la palidez indisimulable de su semblante, se hubiera creído que estaba sano, pues á impulsos de su voluntad llegó á dominar toda manifestación de sufrimiento. El Ministro se separó, deseándole mejoría, sin sospechar siquiera que había discutido negocios de Estado con un semicadáver, en quien el corazón se estaba despidiendo de la vida.

¿Quién habrá que teniendo la muerte á dos pasos de distancia, se sobreponga al dolor físico, para no dejar transparentar la muerte que lleva en sí, para cumplir con su deber?

Solamente aquél, que al salir huyendo de Zacatecas en 1867, escoltado por una lluvia de balas del enemigo, recomendaba que se llevaran los caballos al paso, para conservar la moral entre los contados dragones que lo seguían, y abandonaba la ciudad con la calma del que viaja por placer, y no con la precipitación del que huye para conservar la existencia; solamente el que no se inmutó ante las bocas de los fusiles que lo iban á reducir

á la nada en Guadalajara, solamente aquél que sopor-
tó las fatigas, las penalidades, las vigili-
as de un viaje á través de un desierto, para salvar la independencia
de su patria!

Una hora después de haber salido el Ministro, solici-
tó hablarle uno de sus Generales más distinguidos, á fin
de pedirle sus últimas instrucciones para la campaña
que iba á emprender al siguiente día. Lo recibió sin va-
cilar, no obstante que el pulso faltaba hacía ya varias
horas, y que su situación era completa y absolutamente
desesperada. El señor Juárez discutió con él lo que
era más conveniente hacer; su cerebro, casi exangüe,
retenía aún qué personas residían en las poblaciones
que iban á ser el teatro de la campaña, cuáles eran sus
cualidades físicas y morales. Hizo abstracción de sí
mismo en los momentos de morir, para no pensar más
que en el bien público.

Concluída aquella conferencia, pálido y vacilante, se
arrojó por la postrera vez en su lecho; lecho que cinco
horas después, no era el lugar de descanso del Presi-
dente, sino del hombre grande, del patricio que desapa-
recía de entre nosotros, pronunciando sus últimas pala-
bras en bien de la República, del varón esforzado y jus-
to á quien la naturaleza hizo nacer mortal y pequeño,
y á quien la virtud hízole aparecer grande é inmortal,
en la historia!!!

México, Julio 18 de 1903.

CONCEPCIÓN MALABEHAR.

EL TRABAJO Y EL CAPITAL

CONSIDERADOS

COMO DOS FUERZAS ANTAGÓNICAS.

Esta es la tesis que se me ha propuesto para su desa-
rrollo en esta Conferencia.

Cuestiones muy arduas, por cierto, encierra la tesis
enunciada; altos problemas de Economía Política con-
tiene el estudio que bondadosamente se me ha confiado
tratar.

Consideraciones de un interés general vendrán á fijar
de un modo definitivo la solución requerida.

El trabajo y el capital son dos factores importantísi-
mos de la vida de los pueblos civilizados, son el alma
que vibra en la idea que engendra el progreso, son las
dos fuerzas que obrando en el organismo de un pueblo,
tienen una resultante que se llama grandeza.

Todos sentimos los efectos de esas fuerzas; su inten-
sidad abarca el espacio inmenso que separa lo peque-
ño de lo grande, lo humilde de lo soberbio, lo insignifi-
cante de lo de mayor valía.

Se imponen estas dos fuerzas sobre todos los seres
que integran el grupo humano, como una verdadera ne-